

La terapeuta bioenergética me recibe sonriente. Alta, delgada, morocha, de pelo largo suelto y ojos verdes que escrutan los míos sin apenas pestañear. Me pide que me quite los zapatos, me pregunta si necesito ir al baño, si quiero un té. Sí, no, sí. Me pregunta qué me traje por estos pagos, y yo interpreto que se refiere a Buenos Aires y empiezo con mi cháchara habitual, que si Walser, que si la performance del Filba, que si Neuros Aires, que si Esteban, pero no es ésa la pregunta que ella hizo, "por estos pagos" quiere decir su estudio en un quinto piso de Palermo, en esta calle Niceto Vega que me trae algunos recuerdos del pasado. Hago tiempo. Tic tac tic tac. Una vez sentado en el suelo le respondo que llevo casi un año pensando que toca un cambio en mi vida, que siete años de nomadismo, creación, promiscuidad y cambios constantes de domicilio fueron muy estimulantes, pero que tal vez ahora toca otra cosa, y que no sé cuál será ésa otra cosa. Me responde que igual mejor no saberlo, que lo importante no es lo que pienso sino lo que siento, y ahí ya se me complica explicarme con detalle. Para algunos -virgo, catalán, cuarentón- nos es difícil explicar los sentimientos. En cambio de pensamientos vamos llenos. Hablamos durante quince o veinte minutos. Una conversación de la que rescato la idea de que las preguntas que nos hacemos no hace falta cerrarlas, que su respuesta seguramente no es inmediata, que es bueno esas preguntas naveguen con nosotros. Navegar es preciso; vivir no es preciso. Ahora toca el cuerpo, dice la terapeuta energética. Me pregunta si hago ejercicio y le respondo que camino mucho. Me dice que des-

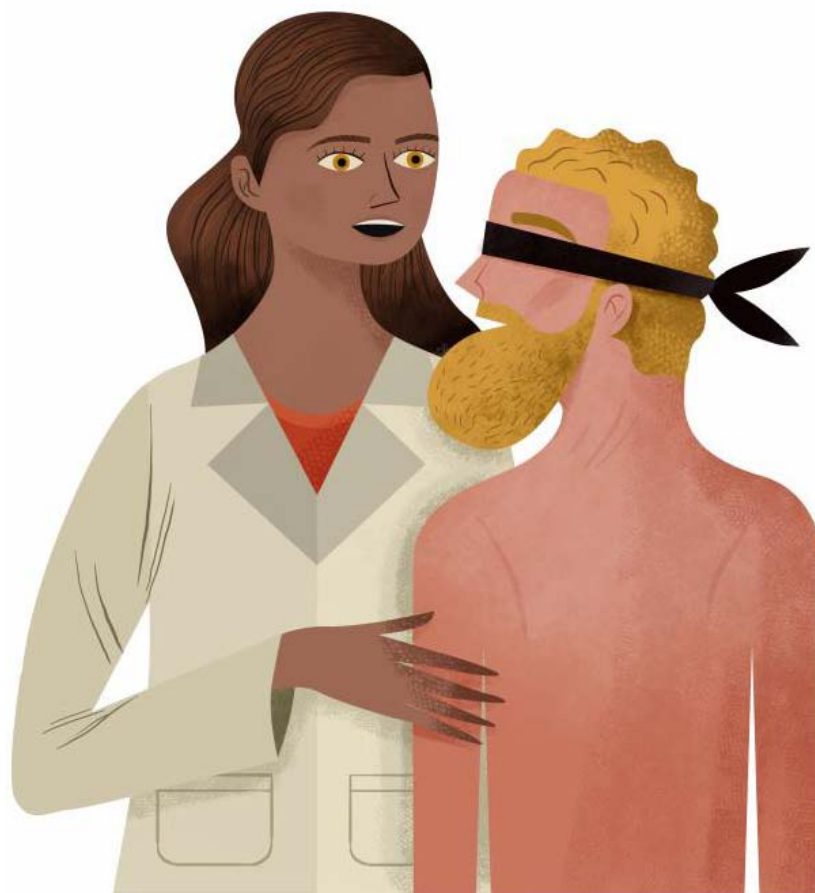


ILUSTRACIÓN: FABIAN RIVAS

Relato. Marc Caellas

La terapeuta bioenergética

pués de hoy, cuando camine, recuérdalo cuando estés en casa. En ese momento se acerca y me aprieta en algún punto de la espalda, los hombros, me acompaña en el movimiento. Es el primer contacto físico entre los dos. Me enseña un ejercicio que consiste en mover el brazo como si fuera un molinete. La terapeuta bioenergética lo acompaña con alaridos, como si fuera una tigresa encerrada en un zoo. Me siento obligado a soltar algún grito, pero más bien parecen maulladas de gatito. Me pregunta cómo voy y

respondo bien. Me dice que sea más preciso, que "bien" puede ser muchas cosas. Le aclaro que siento cierta relajación, cierta energía bajando y subiendo por mi cuerpo. Sonríe. Luego me enseña un movimiento que me sirve para expandir el pecho. Me siento en una clase de pilates, pero sin instrumentos, el cuerpo es mi máquina. Después me pide que piense en algo que deseo y que lo atrape con los brazos. Me viene a la cabeza una casa, un hogar, un lugar para habitar durante un año

o dos seguidos. Llevo demasiado tiempo cambiando de cama, mesa y techo. A veces cambio más de una vez por mes. Demasiado. Me viene a la cabeza el sobreático de Ricitos, la terraza de Muntaner 14 e incluso un apartamento en Portbou. Me abrazo a esa idea. La respiro. La siento mía. Ahora toca expulsar malos rollos o gente con la que uno tuvo conflicto, dice. Con el pie golpeamos hacia fuera. Varias veces. Termina la parte más física. Ahora la terapeuta bioenergética coloca un par de colchonetas en el centro de la sala. Me pide que me tumbe encima. Ella se coloca detrás y me estira un brazo por encima la cabeza. Estoy en el umbral del dolor, pero resisto sin quejarme. Luego me cubre los ojos con una venda y el cuerpo con una manta. Conecta un equipo de sonido del que sale una música new age. Me refriega un mejunje por la frente. A continuación por los brazos. Siento el frescor de la crema, cierto bienestar, cierta energía que circula por todas mis venas, que se potencia cuando me masajea el cuello o el cabello de la parte posterior de mi cabeza. Ahora toca un objeto metálico cerca de mi oído y una campana en el vientre. Relajación total. Termina la música. Me pide que me levante despacio. Me observa sonriente. Le pregunto entonces por la regularidad con la que trata a sus "pacientes". Me dice que depende, que ella no lo puede decidir, que sabe que depende del tiempo, del dinero, de la energía de cada uno. Con algunas personas es semanal, con otras quincenal, con otras mensual. Me dice que sienta mi cuerpo, que lo piense y que le escriba si quiero regresar. Le pago lo que me pide, 900 pesos, 21 euros al cambio, por una hora y media de terapia bioenergética. Un precio muy razonable.